



► Luiz Inácio Lula da Silva, durante un acto en el Museo de Arte Moderno, en Río de Janeiro, el 6 de julio de 2025.

Brian Winter/Americas Quarterly

Hace apenas seis semanas, el presidente brasileño, Luiz Inácio Lula da Silva, parecía encaminarse hacia la reelección. El desempleo estaba en mínimos históricos; el mercado bursátil en máximos históricos; la inflación había cerrado 2025 en su nivel más bajo en siete años. El archirrival de Lula, el expresidente Jair Bolsonaro, estaba en prisión y acababa de elegir a Flávio, considerado el menos carismático de sus cuatro hijos, como su candidato preferido en las elecciones de octubre. "Sabemos que no será fácil", me dijo un asesor de Lula, "pero tenemos el viento a favor".

Hoy, no hay ni un respiro. Una encuesta de Datafolha publicada el domingo mostraba a Lula con solo tres puntos porcentuales de ventaja en una hipotética segunda vuelta contra Flávio Bolsonaro, frente a los 15 puntos de ventaja que tenía en diciembre. Otras encuestas han mostrado una dinámica similar. El ajuste en la contienda es, en cierto modo, un regreso a las líneas de batalla habituales; después de todo, Lula

Por qué Lula está luchando

Las elecciones brasileñas de octubre parecen ahora un lanzamiento de moneda, escribe el editor jefe de Americas Quarterly.

ganó las elecciones de 2022 por un margen de tan solo el 51% contra el 49%. Pero hay indicios de que el Lula de 2026 tiene dificultades para conectar con los votantes y podría estar en serio riesgo.

Parte del problema, como otros han señalado, podría ser la edad de Lula. Cumplirá 80 años pocos días después de las elecciones y se postulará a la presidencia por séptima vez desde 1989, lo que le da a Lula más secuelas que Rocky. Si bien parece estar en mejor forma física y mental

que cierto expresidente estadounidense, la edad puede manifestarse de otras maneras: Lula se enorgullece de no llevar teléfono celular. En un país con una de las tasas más altas del mundo de uso de redes sociales (la increíble cantidad de 3 horas y 37 minutos al día, según un estudio), los seguidores de Lula en Instagram siguen siendo solo la mitad de los de Jair Bolsonaro. El domingo por la noche, el último "reel" en la cuenta de Lula fue un video de 6 minutos: una eternidad, señal de una operación que no

está del todo adaptada a la era digital.

El estallido de un gran escándalo que involucra al Banco Master, un pequeño banco con amplios vínculos con la clase política y empresarial brasileña, también ha tenido consecuencias. Si bien el propio Lula no ha sido implicado, el caso ha revivido el recuerdo de los escándalos del mensalão y Lava Jato que plagaron a su Partido de los Trabajadores en la década de 2010 y que llevaron a Lula a la cárcel durante casi dos años antes de que se revocara su condena. Muchos esperan que el aluvión de revelaciones continúe a medida que la campaña se intensifica, con consecuencias inciertas.

También intervienen otros factores más profundos. Un libro reciente del encuestador Felipe Nunes, *Brasil no espelho* ("Brasil en el Espejo"), muestra hasta qué punto Brasil, al igual que gran parte de América Latina hoy en día, parece estar virando hacia la derecha. El libro, basado en una encuesta nacional a casi 10.000 brasileños

SIGUE ►►

SIGUE ►►



► Flávio Bolsonaro, senador brasileño e hijo del expresidente Jair Bolsonaro.

realizada por la firma Quaest de Nunes, ilustra con datos por qué el lema de Bolsonaro, "Dios, patria y familia", parece estar más en sintonía con el espíritu de la época cada año que pasa.

Es cierto que Brasil siempre ha sido más conservador de lo que su imagen internacional de samba y bikinis sugería, y Lula logró ganar tres elecciones a pesar de todo. Pero Nunes describe cómo la actitud pública ha revertido ahora un giro progresista observado en las décadas de 2000 y 2010, volviendo más o menos a donde se encontraban a mediados de la década de 1990. Una de las principales causas subyacentes es la continua expansión del cristianismo evangélico, del 7% de la población hace cuatro décadas al alrededor del 30% en la actualidad. Como señala Nunes, muchos conversos recientes viven en las periferias obreras de las grandes ciudades, transformando zonas que solían ser bastiones de Lula en algunos de los focos de apoyo más fervientes de los Bolsonaro.

El libro captura otros dos cambios importantes. El primero es el aumento de la de-

linuencia como principal preocupación de los votantes brasileños, un tema que Lula ha enfrentado, afirmando en octubre pasado, por ejemplo, que los narcotraficantes son "víctimas de los consumidores de drogas". El segundo cambio, menos publicitado, es hasta qué punto los brasileños de hoy prefieren trabajar por cuenta propia antes que tener un empleo asalariado. Esto supone un cambio importante respecto al Brasil que conocí hace 25 años, donde una carteira assinada -un comprobante firmado que acreditaba un empleo formal- era la máxima aspiración de muchos brasileños, un signo no solo de estabilidad económica, sino también de estatus social. La evolución hacia el trabajo independiente parece estar cambiando fundamentalmente lo que muchos votantes esperan de su gobierno: menos un benefactor que un garante de seguridad y estabilidad básicas, una mentalidad de "sálvese quien pueda" que el Partido de los Trabajadores de Lula, con raíces en el movimiento sindical de la década de 1980, aún intenta comprender plenamente.

A la luz de estos cambios, Flávio Bolsonaro podría ser un mejor candidato de lo que el establishment brasileño creía inicialmente. Flávio, senador, carece de la energía desbordante y agresiva de su padre y sus hermanos políticamente activos. Sin embargo, su relativa insulidez podría abrirle las puertas a votantes que, en general, coinciden con la agenda social y económica conservadora de la familia, pero que se sintieron desanimados por la retórica divisiva y la mala gestión de la pandemia y otros asuntos bajo el gobierno de Jair, inclinando la balanza electoral de 2022 hacia Lula. La mayor vulnerabilidad de Flávio, relacionada con el presunto lavado de dinero y la malversación de salarios en su oficina del Congreso en la década de 2010, ahora parece palidecer en comparación con el escándalo del Banco Master. (Flávio ha negado cualquier irregularidad).

Los allegados a Lula predicán calma. La aprobación del desempeño del presidente se ha mantenido estable, en torno al 47% según la última encuesta de Datafolha.

Sus asesores creen que, si logran que la campaña gire principalmente en torno a la economía, en lugar de la delincuencia o la corrupción, su candidato ganará. De hecho, los salarios reales han aumentado casi una quinta parte durante el mandato de Lula, y nuevos subsidios al gas natural y una exención fiscal para la clase trabajadora brasileña entrarán en vigor justo a tiempo para la campaña. Pero la guerra en Medio Oriente es ahora una de las muchas incógnitas. De hecho, el escenario más probable es una contienda reñida, donde un solo acontecimiento sorpresivo, tanto nacional como internacional, podría inclinar el resultado. Esto les resultará familiar a muchos brasileños, pero no es el 2026 que Lula y su equipo esperaban originalmente. ●

Por Brian Winter, editor jefe de Americas Quarterly y experimentado analista de la política latinoamericana, con más de 25 años de experiencia siguiendo los altibajos de la región. Artículo originalmente publicado en Americas Quarterly.